

## “Venezuela y la Comunidad Internacional”

**Prof. Herbert Koenecke R.**

Prof. Titular de la Universidad Simón Bolívar

### I.- Introducción

La influyente teoría realista de las relaciones internacionales contribuyó históricamente a minimizar el impacto atribuible a los factores personales en el diseño y la ejecución de la política exterior de los Estados, al haber postulado (a) que los gobiernos son autónomos de sus respectivas sociedades, (b) razón por la cual persiguen racionalmente como objetivo el interés nacional definido en términos de poder y no el interés de sectores particulares, (c) dentro de un contexto en el cual cada actor estatal busca extender de manera soberana su poder o influencia frente a los demás o, cuando menos, preservar el que poseen.(1)

Si a esta visión de la dinámica internacional se añade la idea de que la estructura racional-burocrática, en el sentido weberiano, de las instancias decisorias en política tanto doméstica como exterior actúa para filtrar o neutralizar el posible impacto idiosincrásico o personal del funcionariado gubernamental sobre las decisiones que en ellas se toman, entonces resulta casi inevitable concluir que las diferencias individuales, de personalidad, difícilmente pueden incidir en las políticas públicas efectivamente adoptadas (véase Tucker, 1965).

A partir de estas proposiciones teóricas complementarias, es posible formular una serie de expectativas “realistas” con respecto a la formación de la política exterior de un Estado:

1) que el diseño de la misma responde fundamentalmente a los criterios profesionales del funcionariado vinculado con las relaciones internacionales;

2) que en su implementación se aplican mecanismos optimizadores de los recursos de que dispone el gobierno para ese ámbito de la gestión pública;

3) sin que intereses particulares o parciales incidan o tergiversen la búsqueda y el logro de los objetivos propuestos;

4) por lo que cabe esperar que la política internacional resulte positiva, objetivamente hablando, para el país en su conjunto.

Desde una óptica general, los grandes objetivos explícitos de la política exterior adelantada por Hugo Chávez Frías desde que asumió la Presidencia han sido, por un lado, la promoción de un sistema internacional multipolar que reemplace al orden unipolar que se encuentra vigente, según el, en la actualidad; y por el otro, la integración latinoamericana, que permitirá la consolidación de un polo de poder continental, con Venezuela en posición de vanguardia o liderazgo (intervención como candidato presidencial en el Palacio de las Academias, 11 de agosto de 1998). La búsqueda de esos objetivos ha implicado paralelamente el rechazo y la condena de la globalización y del “neoliberalismo salvaje”, que apuntalan, desde su perspectiva, a la hegemonía unipolar estadounidense.

## II. Los mecanismos y estrategias para el logro de los objetivos propuestos

Desde la mencionada perspectiva realista, el diseño y la ejecución de la política exterior de la administración de Hugo Chávez deberían haberse concretado, independientemente de que le corresponde a él dirigirla, según lo pautado en el artículo 236 de la Constitución Nacional, en los siguientes términos:

a) como producto informado o inspirado en los criterios profesionales tanto de diplomáticos de carrera adscritos al servicio exterior, como de otros funcionarios que ocupan cargos relevantes para el diseño e implementación de dicha política (por ejemplo, del Ministerio de Energía y Minas, del de Producción y Comercio, de PDVSA y del Ministerio de la Defensa);

b) con la maximización de los recursos materiales y simbólicos disponibles para el logro de los objetivos propuestos (la política petrolera, la imagen de suplidor confiable y seguro de petróleo, la imagen de país democrático y libre con gobiernos tolerantes, la vigencia del Estado de Derecho, entre otros);

c) con plena autonomía con respecto a intereses sectoriales o particulares, distintos al interés nacional;

d) lo que en su conjunto debiera haberse traducido en un paso de avance del país dentro de la comunidad internacional y en una mejora en las condiciones de vida de sus ciudadanos.

Tras casi cinco años de ejercicio gubernamental, no obstante, la evidencia disponible revela que las estrategias empleadas para lograr los fines propuestos han sido mayoritariamente contradictorias, ineficaces e incluso contraproducentes. Ello obedece probablemente, en primer lugar, al hecho de que el servicio exterior ha sido relegado a un segundo plano en la conducción de la política internacional.

Los Ministros de Relaciones Exteriores, en tal sentido, han sido auténticos yes men del Presidente de la República y han actuado como simples ratificadores de lo dicho y hecho por él. José Vicente Rangel, el primero de ellos, carece de experiencia diplomática y no habla otro idioma que el español. En cambio, tiene una desmedida vocación de poder, que parece hacerlo un incondicional y complaciente a toda prueba: fue candidato presidencial en tres ocasiones (1973, 1978 y 1983), sin haber alcanzado siquiera la exigua marca del 6% del voto válido en alguno de esos comicios. En los de 1983 recibió el 3,3% de los sufragios, en tanto que Teodoro Petkoff, por el M.A.S, obtuvo el 4,2 %. Rangel, quien había sido candidato por esa organización en 1973 y 1978, acusó a Petkoff de personalista, de mesiánico y de haber roto la unidad de la izquierda en 1983 (Rangel, 1984: 564-565). Su ambición de poder lo llevó a incorporarse al gobierno como Canciller, pese a haberle declarado a César Miguel Rondón en un programa radial en 1998, que nunca aceptaría cargos en una eventual administración chavista, como lo ilustra el siguiente diálogo: “Pregunta: ¿Iirías a un Gabinete de Chávez?” JVR: “No, no, nunca, en absoluto; yo soy el antipoder en Venezuela” (Rondón, 1988:73). Desde entonces ha sido además Ministro de la Defensa y Vicepresidente Ejecutivo de la República, pese a que también había negado su disposición a aceptar ese último cargo: “Ni me van a ofrecer la Vicepresidencia ni la acepto” (El Nacional, 23 de junio de 2001, p. D-5).

El segundo Ministro de Relaciones Exteriores, el coronel retirado Luís Alfonso Dávila, tampoco tenía formación ni experiencia diplomática. Pero fue figura muy destacada en la campaña electoral de 1998 y, previamente, había viajado con Hugo Chávez a Argentina para encontrarse con el sociólogo militarista y antisemita Norberto Ceresole (Garrido, 2001: 21). El actual Ministro, Roy Chaderton, vinculado en los años sesenta con el sector “Astronauta” del partido socialcristiano COPEI, sí es funcionario de carrera en el servicio exterior y domina varios idiomas, lo que

parece haber impresionado favorablemente al monolingüe Hugo Chávez Frías. Esta cualidad de políglota, junto con lo que sus ex compañeros copeyanos denunciaron públicamente como “una actitud de adulación y de servilismo a través de muchas declaraciones no solicitadas sino espontáneas” le permitió llegar a la Cancillería, desde donde apoya incondicionalmente y refuerza el comportamiento presidencial en política exterior (Coll, 2002: 26).

En el Ministerio de Energía y Minas, por otra parte, desde donde han salido tradicionalmente importantes insumos para la definición y ejecución de la política exterior de Venezuela, también han sido colocados funcionarios sin los conocimientos de Ministros como Juan Pablo Pérez Alfonso o Humberto Calderón Berti, pero dispuestos sí a seguir acrítica y lealmente los dictados presidenciales: Alí Rodríguez Araque, Álvaro Silva Calderón y Rafael Ramírez.

Si bien esta especie de sequía o de eclipse ministerial ha contribuido a los reiterados desaciertos en la política exterior del gobierno, también es necesario tomar en cuenta el mal uso de los mecanismos y recursos disponibles por el propio Presidente de la República. Hugo Chávez, en sus afanes como propulsor de un nuevo orden internacional multipolar y como líder de un eventual polo de poder latinoamericano, ha recurrido esencialmente a una retórica inflamada y agresiva, así como a una diplomacia itinerante, que no solo han servido para obstaculizar el logro de los objetivos propuestos, sino que además han dañado la imagen internacional del país y fomentado un proceso de desinversión en el campo económico y de aislamiento en el ámbito político y diplomático.

En materia de viajes al exterior, para empezar, la vocación errante de Hugo Chávez dejó atrás a la de cualquier otro mandatario nacional. En 1999, su primer año de gobierno, realizó 14 viajes y estuvo fuera durante 55 días; en el 2000, los viajes fueron 13, pero su estadía afuera llegó

a 57 días; en el 2001, el número de viajes se redujo a 9, en tanto que su permanencia en tierras foráneas aumentó a 61 días (Quintero, 2003: 33-38). Para el 20 de enero de 2003, el Presidente había permanecido 214 días fuera del territorio nacional y había gastado 14,5 millones de dólares en sus viajes (Expediente, El Universal, 23 de febrero de 2003).

Lo más grave, empero, es que como parte de una de sus giras en el año 2000, se incluyó una estadía de dos días en Irak, país que no había sido visitado por ningún Jefe de Estado desde el fin de la Guerra del Golfo Pérsico en 1991. Esto generó una reacción en el Departamento de Estado norteamericano, cuyos voceros declararon que era una “distinción dudosa” reunirse con el dictador Saddam Hussein. Desde territorio iraquí, el Presidente Chávez dijo a los medios que esperaba que “Estados Unidos no enloquezcan. Tienen muchos otros problemas que solucionar, así que no le den importancia a esto” (López Martínez, 2000: 188). Sus cuatro viajes conocidos a Cuba también fueron objeto de críticas dentro y fuera del país por la promoción de la Revolución Cubana, hecha por el, como ejemplo de desarrollo y de dignidad continental.

Aparte de las visitas a mandatarios de regimenes forajidos (rogue states), vinculados con el terrorismo, como Fidel Castro, Saddam Hussein y Muhamar Qadafi, la retórica destemplada, agresiva y con frecuencia contradictoria y errónea de Hugo Chávez ha contribuido también al creciente repudio que su persona y su gobierno han despertado en la comunidad internacional. Hasta el 5 de octubre de 2003, el gobierno había encadenado a los medios de comunicación social durante 506 horas y 23 minutos, lo que equivale a unos 21 días de transmisión conjunta (El Universal, 6 de octubre de 2003). En cuanto a su programa “Aló, Presidente”, transmitido por las estaciones oficiales de radio y TV, para la misma fecha alcanzó la edición N° 166. Si el promedio de esos programas se estima conservadoramente en 3 horas, entonces el total de lo transmitido se

situaría en 498 horas, o sea, algo más de 20 días. En contraste, Franklin Roosevelt, considerado como un excelente y aleccionador comunicador, realizó 998 alocuciones de media hora cada una cuando desempeñó la Presidencia de Estados Unidos entre 1933 y 1945 (Quintero, 2003: 48). Como se aprecia, las alocuciones de Chávez alcanzaron en menos de 5 años unas 1.000 horas, mientras las de Roosevelt ascendieron a 499 horas en 12 años de gestión gubernamental.

Pero lo repetido y extenuante de sus apariciones mediáticas no es lo más peligroso y negativo para los intereses nacionales, sino el contenido de las mismas. En el frente doméstico, para empezar, el Presidente Chávez ha arremetido reiteradamente en contra de la iglesia, los medios de comunicación, FEDECAMARAS, la CTV, así como en contra de figuras destacadas de la sociedad civil y líderes de oposición. Y en el ámbito internacional lo ha hecho en contra del “neoliberalismo salvaje”, de la globalización, del FMI, de medios de comunicación foráneos, de la SIP, de los Estados Unidos, del Presidente George W. Bush, del Jefe de Gobierno español, José María Aznar, entre otros. En su más reciente arrebato de ira, durante la transmisión del “Aló, Presidente” N° 166, tildó de “imbéciles” a los organismos internacionales que se pronunciaron públicamente contra las acciones emprendidas por el gobierno para decomisar equipos de transmisión del canal Globovisión (El Universal, 6 de octubre de 2003, p. 1-6).

### III. Las consecuencias de la política exterior chavista

La errónea política exterior del gobierno ha tenido repercusiones negativas tanto para el Presidente a título personal, como para el país en su conjunto.

En cuanto a lo primero, la evidencia disponible revela un deterioro creciente de la imagen de Hugo Chávez Frías, quien ya no es percibido solamente como un mandatario errante,

impertinente y parlanchín, sino como uno con marcadas inclinaciones autoritarias, que frecuenta amistades peligrosas y que padece de delirios de grandeza, todo lo cual genera, cuando menos, incomodidad entre sus colegas, entre analistas políticos y entre intelectuales.

En tal sentido, de él ha dicho el escritor cubano Carlos Alberto Montaner que es “un personaje a mitad de camino entre el circo y el manicomio, un hijo secreto de los amores ocultos entre Cantinflas y el Che Guevara” (Montaner, 2003: 21). Y Carlos Fuentes, novelista consagrado y de insospechadas simpatías derechistas, lo describió en los siguientes términos: “Un personaje de opereta, reminiscente de todas las novelas del realismo mágico, se arroja en la figura de Bolívar para arrogarse crecientes poderes autoritarios. En el colmo de su teatralidad bufa, Hugo Chávez le escribe cariñosamente a un terrorista notorio, el ciudadano Ilich Ramírez Sánchez, alias Carlos, una carta de amor cuya cursilería resulta, a la vez, antológica y reveladora...su cabeza es un basurero...(y) a Venezuela le esperan muy malos momentos” (El Nacional, 2 de octubre de 2003, p. A-6).

Algunos Jefes de Estado, por su parte, han tratado de eludirlo en distintos escenarios, como si se tratara de un enfermo contagioso. El Presidente George W. Bush, por ejemplo, se ha negado a entrevistarse con él, pese a que distintos analistas sostienen que Chávez ha tratado de promover ese encuentro por distintas vías. Por ejemplo, en el “Aló, Presidente” del 3 de noviembre de 2001, Chávez trató de enmendar la plana después de que días antes, el 29 de octubre, en cadena de radio y TV, hubiese criticado públicamente los bombardeos norteamericanos en Afganistán (“el terrorismo no puede ser combatido con terrorismo”, dijo). En su intento por salvar cara, alegó que sus afirmaciones previas habían sido mal interpretadas, que él deseaba mejorar las relaciones binacionales y que los venezolanos y los norteamericanos compartían el interés por el béisbol, vestían jeans

y bailaban la misma música. También, con el Presidente Bush como destinatario, expresó: “I want to be your friend”. Este, que ha recibido a mandatarios latinoamericanos elegidos con posterioridad a Chávez, como Alejandro Toledo y Lula da Silva, no da señales de querer verse con el presidente venezolano. Las reiteradas críticas chavistas al rol histórico de los Estados Unidos, al Plan Colombia, al ALCA, al “orden unipolar”, al neoliberalismo “salvaje”, aunadas a su aproximación a gobernantes despóticos y antiyanquis, así como a las guerrillas colombianas, le han ganado ese repudio.

Pero también gobernantes latinoamericanos, como el Presidente socialista de Chile, Ricardo Lagos, parecen incomodarse ante la presencia de Hugo Chávez, a quien tienden a ignorar e incluso a condenar al ostracismo. así, según reportes de prensa, el Presidente Lagos alteró el cronograma de los actos conmemorativos del trigésimo aniversario del derrocamiento de Salvador Allende, el 11 de septiembre, para evitar la presencia en Chile de Chávez, quien había expresado su deseo de participar en ellos (El Nacional, 15 de septiembre de 2003, p. A-10).

El Presidente de República Dominicana, Hipólito Mejías, por su parte, a quien Chávez había conminado en “Aló, Presidente” N° 157, del 27 de julio de este año, a desmontar una presunta conspiración organizada en la isla para derrocarlo, lo desmintió y ridiculizó públicamente: “Ese es un síndrome que el (Chávez) tiene con Carlos Andrés, pero realmente eso no es verdad” (El Nacional, 29 de julio de 2003, p. B-6). La respuesta del gobierno venezolano fue la de suspender las exportaciones de petróleo a República Dominicana, no obstante ser integrante del Pacto de San José.

Con respecto a las repercusiones para el país en su conjunto de la errática política exterior del gobierno chavista cabe destacar, en primer término, las del ámbito económico y financiero. En esta esfera, la ocurrencia de eventos como la presencia clandestina de Vladimiro Montesinos

por más de seis meses en Venezuela, pese a ser solicitado por la justicia peruana; la carta de solidaridad dirigida por Hugo Chávez a Ilich Ramírez Sánchez; las declaraciones de José Vicente Rangel sobre el carácter no terrorista de Ramírez Sánchez por no haber sido juzgado como tal en el país (El Nacional, 11 de octubre de 2001, p. D-1); las acusaciones sobre la presencia permanente de terroristas islámicos en Nueva Esparta; las denuncias sobre la presencia de espías y asesores militares cubanos y de guerrilleros colombianos en distintas zonas del país; las expresiones destempladas del Presidente en torno a la Comunidad Andina de Naciones y en torno a las cumbres de mandatarios, entre otros, han contribuido a generar un marcado clima de desconfianza hacia Venezuela. Desconfianza reforzada, obviamente, por políticas públicas domésticas, como la vinculada con la legislación sobre la propiedad y tenencia de tierras, que elevan el riesgo país y que afectan por ende las inversiones nacionales y extranjeras. De acuerdo con un análisis basado en cifras de la Superintendencia de Inversiones Extranjeras (SIEEX), para el 2001 las inversiones extranjeras directas habían caído en un 53% con respecto a 1998 (Tal Cual, 2 de octubre de 2002, p. 12). Esta caída afectó especialmente al sector de la construcción, que es uno de los más importantes generadores de empleo. (2)

Dejando atrás el ámbito económico para pasar al político, resulta claro que Venezuela ha perdido credibilidad y liderazgo internacional. En marzo de 2002, por ejemplo, el gobierno nacional no fue invitado a una reunión de los países andinos en Perú, aparentemente por solicitud del Presidente George W. Bush, quien estaría decidido a formalizar el aislamiento de la administración de Hugo Chávez del sistema interamericano. El mecanismo para justificar la exclusión fue el de convocar sólo a los países de la región vinculados con el Tratado de Preferencias Arancelarias Andinas (ATPA): Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú (El Nacional, 11 de febrero de 2002, p. A-2).

#### IV. Ideología, personalidad y la política exterior de Hugo Chávez

Una de las razones que contribuyen a explicar los errores reiterados en la conducción de la política exterior venezolana ha sido mencionada: la ausencia o menguada presencia de funcionarios de carrera en la formulación y ejecución de dicha política, que ha tendido a reflejar, en esencia, los caprichos y orientaciones del Presidente de la República. Lo cual echa por tierra, en este caso, las expectativas de racionalidad y de profesionalismo derivadas de la teoría realista de las relaciones internacionales.

La política exterior de la actual administración responde en lo fundamental, en una palabra, no a la búsqueda del interés nacional definido según criterios objetivos, sino al sistema de creencias y a la personalidad de Hugo Chávez Frías.

Desde el punto de vista ideológico, más allá de la mezcolanza que representa el llamado “árbol de las tres raíces”, las orientaciones de mayor peso en la conducción de la política exterior parecen ser las referidas a la necesidad de impulsar una revolución en Venezuela, a la satanización de los Estados Unidos y a la integración latinoamericana, como la deseaba Simón Bolívar. Con respecto a lo primero, la frecuencia con la que Hugo Chávez llama “proceso revolucionario” a su gestión y con la que exalta a la Revolución Cubana pone en evidencia lo que es y ha sido uno de sus principales objetivos políticos. Objetivo que, según Pablo Medina, ya estaba presente en 1977, cuando el subteniente Hugo Chávez se reunió con el y con Alfredo Maneiro para tratar de reactivar el movimiento revolucionario adormecido por la política de pacificación (Medina, 1999: 93-94).

Con respecto al antiyanquismo chavista, las expresiones antinorteamericanas más recientes tienen sus antecedentes en la interpretación que del pensamiento bolivariano ha hecho Hugo Chávez. Así, el 21 de agosto de 2001, declaró en Santiago de Chile que Estados Unidos “ha causado

mucho daño” históricamente en Latinoamérica. Y citó una carta que supuestamente El Libertador “dirigió en 1826 al gobierno norteamericano: Los EEUU parecen destinados por la providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad” (El Universal, 22 de agosto de 2001, p. 1-6). La realidad es que la mencionada carta fue dirigida por Bolívar a Patricio Campbell, diplomático británico en Bogotá, en agosto de 1829, para fijar su posición en torno a su posible sucesión por un príncipe europeo (Bolívar, 1997: 204).

La integración latinoamericana, por último, propiciada infructuosamente por Bolívar, constituye para Chávez el desiderátum y una precondition para impulsar un sistema multipolar que reemplace al unipolar actual (Chávez, 1998: 108-109).

Revolución, antinorteamericanismo e integración latinoamericana constituyen, pues, las orientaciones que parecen influir más en la formulación de la política exterior del gobierno de Hugo Chávez Frías. Pero otros gobernantes latinoamericanos también las comparten o las han compartido, sin haber experimentado el notorio fracaso del chavismo. Lula da Silva en Brasil es quizás el ejemplo más reciente.

Esto lleva a plantear, necesariamente, el papel que juega la personalidad de un gobernante para generar fracasos, cuando en otros una orientación ideológica similar se traduce en éxitos o, al menos, no en fracasos.

En el caso de Hugo Chávez, los diagnósticos a distancia realizados por psiquiatras y psicólogos arrojan luces para comprender su comportamiento auto derrotista en el ámbito doméstico así como en el internacional. Ya en febrero de 1999, el psiquiatra Luís José Uzcátegui planteó que ciertas evidencias apuntaban a que elementos de la personalidad de Chávez podían estar “cerca de estados narcisistas, histriónicos y rozan la paranoia” (Uzcátegui, 1999: 31). En ese

diagnóstico coincidió la psicóloga María Josefina Bustamante, quien aplicando los criterios analíticos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y de la Asociación Americana de Psiquiatría (APA), llegó a la conclusión de que Chávez revela la sintomatología del desorden histriónico-narcisista ( [HYPERLINK](http://www.mujeleslegendarias.org.ve/personahistrionica.htm))

<http://www.mujeleslegendarias.org.ve/personahistrionica.htm>)

El psiquiatra Franzel Delgado Senior, por su parte, ha expresado que “el de Chávez es un trastorno mixto: tiene dos tipos de personalidad al mismo tiempo. Y no tiene cura. Afecta mucho a un individuo y desestabiliza a quienes se relacionan con él. Tratándose de un Presidente, desestabiliza a un país entero” (Primicia, 17 de noviembre de 2002, p. 20)

Con respecto a la dinámica narcisista existe consenso, primero, en cuanto a que las relaciones emprendidas por los afectados o trastornados son puestas al servicio de su auto-engrandecimiento. Segundo, que ellos carecen de capacidad para establecer relaciones de verdadera intimidad. Y tercero, que el auto-engrandecimiento se canaliza, por una parte, buscando ser incondicionalmente admirado por los demás, y por la otra, asociando su figura con la de algún personaje idealizado (Campbell, 1999). Simón Bolívar y Fidel Castro constituyen esas referencias ideales para Hugo Chávez, quien ha declarado que no sabe si llamar a Castro hermano o padre (El Universal, 2 de junio de 2003, p. 1-8).

En todo caso, para un Presidente de la República afectado por el trastorno histriónico-narcisista de la personalidad resulta particularmente difícil integrar un gabinete coherente y de alto nivel profesional. Para él, lo fundamental es contar con colaboradores que lo admiren o que, en el peor de los casos, finjan hacerlo. Y el funcionario que pretenda “hacerle sombra” cae en desgracia y es generalmente purgado de su entorno. En tales condiciones, un elevado desempeño, o sea,

el diseño e implementación eficaz y eficiente de las políticas públicas requeridas por el país, es altamente improbable.

## V. Comentarios finales

Hugo Chávez asumió el gobierno en febrero de 1999 con un elevado apoyo popular y en un contexto institucional virtualmente en bancarota. Esto le permitió gobernar en un principio como un rey indisputable, casi sin oposición. El llamado “proceso constituyente” y el control presidencial de los otros poderes públicos nacionales son producto de esa circunstancia o realidad histórica.

La existencia simultánea de alta popularidad y de debilidad institucional tiende a potenciar el impacto de las características personales de un Presidente sobre la toma de decisiones tanto en el ámbito doméstico como en el internacional (véase Greenstein, 1969). Hugo Chávez no se exceptúa de esta tendencia, con el agravante de que, en su caso, la personalidad es histriónica y narcisista, con inclinaciones paranoides. Esto se ha traducido en la integración de equipos gubernamentales plegadizos y adulantes con baja eficacia y eficiencia, en la purga reiterada de funcionarios con algún viso de autonomía y en el reiterado “enrosque ministerial”.

Los magros resultados de la política exterior venezolana son comprensibles a la luz de esas evidencias de la psicología política. Chávez es hoy mayoritariamente menospreciado por la comunidad internacional. Y Venezuela ha sufrido en carne propia sus desatinos, como lo revela, entre otras cosas, la desconfianza del inversionista extranjero para traer su dinero al país. Lamentablemente, como lo señaló el psiquiatra Franzel Delgado Senior, su trastorno no tiene cura.

## Notas al pie de página:

(1) La teoría realista es un enfoque tecnocrático de las relaciones internacionales que atribuye

poco peso al factor personal en la formulación de la política exterior. Su contraparte es la llamada “Teoría del Gran Hombre en la Historia”, expuesta por Thomas Carlyle, que considera a la historia como la biografía de los grandes hombres. Entre ambos puntos de vista hay diversas posturas teóricas, que atribuyen a ese factor un peso más o menos importante, pero generalmente condicionado por las circunstancias o situaciones históricas (véase, por ejemplo, Elms, 1976; Hermann, 1977; Greenstein, 2000).

(2) Con Hugo Chávez, el desempleo ha alcanzado los niveles más elevados de la época democrática en Venezuela. Durante el gobierno de Rómulo Betancourt se había registrado la tasa más elevada en 1962 (14,2%). Al cierre del primer año de Chávez (1999) se situó en 14,9%, llegó al 16,4% en enero de 2002 y a 17% en septiembre de ese año. Para algunos encuestadores esas cifras oficiales esconden la verdadera magnitud del problema laboral, que es agravado por la existencia de un sector informal que supera el 50% de la población laboral activa.